

La religiosidad de Occidente en este final del siglo XX

El camino del hombre es la temporalidad; el final, la eternidad. Peregrino del Absoluto, «mientras se le otorga el tiempo» (Gal 6,10), lleva en el corazón una inquietud insaciable, que le exige dar una respuesta sobre el sentido de la marcha. Esta necesidad es más apremiante en algunos momentos del camino, donde encuentra piedras milenarias que le exigen un alto, como acontece ahora cuando ya se aproxima a la alta cordillera que divide y enlaza dos siglos. El caminante necesita saber de dónde viene, a dónde va, qué está haciendo y por qué lo hace. Si descifra su origen y su destino, tiene ya aclarada la cuestión radical de quién es, y qué lugar ocupa en el mundo. Todo cambia desde una aclaración originaria. No es lo mismo saberse solo en el mundo, con otros hombres semejantes a él, que lograr la certeza de que se encuentra religado, desde el principio y para siempre, con el mismo Dios que lo ha llamado a la existencia, quien de modo invisible camina a su lado, y de modo insospechado lo espera al final de esta aventura temporal, para compatir con él un instante eterno. La actitud ante esta religación es la fuente de la religiosidad humana. Por eso la cuestión de Dios es la más radical de cuantas se plantea el hombre.

En la hora actual existe la convicción de que toda la humanidad tiene una sola historia. Esto se ha ido poniendo más claro cada día desde el encuentro del hombre europeo con el amerindio en 1492. No cabe duda de que esa historia de la humanidad es de todos los hombres, y es al mismo tiempo una historia cultural, y una historia de salvación, en la cual no todas las culturas ni todos los pueblos tienen la misma parte. El peso decisivo recae sobre lo que se ha convertido en designar como *Occidente*. En efecto, la cultura occidental es la punta de lanza de la marcha de la humanidad en el tiempo. Occidente es algo complejo: es Europa y es América. Integra en una unidad de composición la Biblia y los griegos, las aportaciones de los pueblos latinos, germánicos y eslavos.

Lo cierto es que Occidente ha logrado una cultura de alcance universal, cuya irradiación domina el planeta. Por ello la actitud de Occidente ante el problema religioso del hombre influye en la religiosidad del hombre de nuestro tiempo.

Es un hecho fácil de comprobar que en este final del siglo xx el *homo religiosus* de Occidente languidece, que su religiosidad padece una cierta crisis. Ha caído en un cierto sopor la conciencia de su relación con Dios. Ya no es el hombre que vive su vinculación con Dios de modo profundo e integral como en el pasado. En su comportamiento ha dejado la primacía a otras esferas de lo humano, al *homo ludens, volens, insipiens, faber*. Podría decirse que ha perdido la memoria de su origen y destino. Su gran olvido no es el «olvido del ser», sino «el olvido de Dios». En la cultura de Occidente, en este final de siglo, persiste todavía un «eclipse de Dios», y por ello hay menos luz. Esta situación del Occidente, dado su influjo en la marcha de la humanidad, es doblemente inquietante.

No es lícito pasar de largo ante un fenómeno cultural de esta índole. No se puede dejar a Dios de lado sin graves consecuencias. Un pequeño error en el principio se hace grande al final. Por ello es urgente una reflexión serena para lograr tres metas: *conciencia* de la situación religiosa de Occidente en esta hora, conocimiento exacto de la *trayectoria* que lo ha llevado a la crisis actual, y *búsqueda de las vías* del retorno al camino del encuentro con Dios. El hombre de hoy tiene que disponerse a entrar con buen pie en el siglo xxi, con el cultivo de su dimensión religiosa. Aquí se tiene en cuenta, de modo preferente, el *rol cultural* que le compete.

1. Situación: a solas y lejos de Dios

En las situaciones humanas se conjugan siempre la naturaleza y la cultura. La religiosidad de cada época es fruto de ambas. Si el comportamiento humano frente a Dios dependiera sólo de la naturaleza, la religiosidad sería uniforme en el tiempo. Si, al contrario, todo fuera fruto de la cultura, no habría panteón humano capaz de albergar a tantos dioses. Por su misma finitud y por su condición de participar del espíritu, hay en todo hombre una huella nunca borrada de la religación originaria que enlaza con Dios. Tomás de Aquino, profundo observador de lo humano, no tiene inconveniente en hablar de un *instinctus naturalis* del hombre, de cuya raíz procede su religiosidad, si la cultura no lo sofoca. Porque el hombre tiene un modo específico de ser, dado desde el origen, y por ello una naturaleza constitutiva permanente, y al mismo tiempo un dinamismo del cual depende su desarrollo humano. La naturaleza recibida como don primordial se despliega a través de la cultura que lo conforma. Muy oportunamente, Juan Pablo II, ante la Asamblea de la Unesco en París, recordaba que es el hombre el sujeto y el objeto primario de toda labor cultural (2 de junio de 1980).

En el desarrollo de la cultura de Occidente de los últimos tiempos la cultura ha entrado en conflicto con la naturaleza religiosa del hom-

bre. En efecto, la cultura se ha polarizado hacia los campos de la ciencia y la técnica, ha prestado mayor atención a lo que se deja medir y cuantificar, ha dado preeminencia a lo externo, y ha dejado sin cultivo otras dimensiones que afectan a lo más profundo del hombre, donde la religiosidad hunde sus raíces. La cultura ha ido hacia los contornos del hombre y no hacia el interior, donde habita la verdad radical de lo humano. Sólo cuando la cultura entra también en ese santuario del hombre, donde por mucho que se camine nunca se llega al confín, hay espacio para el acuerdo con las exigencias profundas de la naturaleza. Esa atención a las dimensiones externas y olvido de las interiores explica que no pocos hombres de nuestro tiempo, ilustres exponentes de la cultura occidental, dejen entrever su «incultura religiosa», más patente cuanto mayor es la «cultura» adquirida en las ciencias y las técnicas. De hecho se ha producido así una fractura entre cultura y religiosidad. El *instinctus* natural ha quedado relegado como primitivo y secundario. El conflicto se ha hecho inevitable. Se produce como un choque violento entre dos fuerzas que se desarrollan en dirección contraria. Mientras la cultura técnica y científica sigue una orientación hacia afuera y se dirige al dominio del mundo, queda relegada la religiosidad, que tiende hacia dentro y hacia lo alto.

Bacon había indicado la clave de la nueva orientación del saber en la hora moderna: ya no es para contemplar la realidad, sino para transformarla, porque se conoce su secreto y se consigue su dominio: «*Scientia et potentia in unum coincidunt*» (Afor. 27). Saber es poder. La cultura moderna prefiere esta vía y se ha puesto en camino y pretende hacer del hombre otro Prometeo, que escala el Olimpo y arranca a los dioses el secreto de sus obras para compartir el poder sobre ellas. Mediante la cultura del *homo faber* todo ha cambiado: no sólo el hombre se ha liberado progresivamente de sus antiguas esclavitudes para satisfacer las necesidades perentorias, sino que ha cambiado el mundo y lo ha hecho a su medida. Con los recursos de la ciencia y la técnica el hombre ha logrado mejorar la calidad de la vida a nivel planetario. Todavía falta distribuir mejor los productos y hacer que lleguen a todos, pero ya existe la posibilidad de realizarlo. Ya la cultura ha desvelado las energías de la materia y ha llegado a las orillas del misterioso mundo de la vida. Tanto poder ha acumulado en sus manos el hombre que en la actualidad ya le pesa y no sabe qué hacer con él sin correr peligro.

Esta dirección hacia afuera, con resultados positivos de dominio y eficacia, ha robado el campo que era típico del *homo religiosus*. Éste era consciente de su necesidad y de su impotencia frente a lo que excedía sus fuerzas, y por ello recurría a los dioses, implorando la lluvia para los campos, la salud en caso de enfermedad, el pan de cada día, la protección en los peligros, la victoria sobre los males. El hombre religioso reconocía su dependencia de las fuerzas superiores, imploraba al Dios providente. La religión se manifestaba en los actos de culto en honor de Dios, implorando los remedios, agradeciendo los beneficios, aplacando las ofensivas, haciendo promesas, rogativas y procesiones. La devoción interior, acto radical de la religión, se exteriorizaba en el culto. La cul

tura moderna ha dado más espacio a Prometeo que al *pius Aeneas*. El conflicto no ha sido superado todavía.

Hasta qué punto ha llegado la victoria del hombre autosuficiente sobre el hombre religado con su principio y su fin no es fácil decirlo. El cambio no se ha producido en un momento, ni ha llegado a todo el Occidente en la misma medida, pero el Occidente ha cambiado. Ya Hegel observa que, a diferencia del hombre antiguo o medieval, que en la mañana al despertar sentía la necesidad de recurrir a Dios para orar, el hombre moderno, olvidado de Dios, busca con avidez las noticias de la prensa y se interesa por las novedades que han ocurrido en la ciudad de los hombres, por la paz y la guerra, la economía, el comercio y la política. El siglo xx continúa en esa misma línea del «olvido de Dios» y de inquietud exclusiva por las cosas de los hombres. La cultura oficial no presta atención a la dimensión religiosa del hombre, la deja a las iglesias, cuando no la ignora y la priva de todo espacio en la vida pública. En verdad, la religiosidad de Occidente ha ido en declive cultural a lo largo del siglo xx.

La situación actual todavía es ambigua, debido a los dos factores que están en el origen. Es una situación que se describe con propiedad hablando del «eclipse de Dios». El eclipse acontece cuando otro planeta se interpone entre la tierra y el sol. Por más que a veces sea total, no lo suele ser en toda la tierra y sólo lo es por algún tiempo bien preciso porque el sol y la tierra siguen sin prisa y sin pausa el camino de sus órbitas, con luz y con sombras. Así ha ocurrido en Occidente. Pueden darse casos aislados, como narran Sartre y Simone de Beauvoir de sí mismos: que en un momento de su vida retan a Dios para que, si existe, se les haga patente, y al no tener respuesta deciden no tenerlo en cuenta en adelante. Han entrado en la zona de sombra. Puede ocurrir que un pueblo o una zona del planeta quede en la lejanía de Dios por imposición externa y despiadada. Así ha ocurrido durante 75 años en los pueblos dominados por la dictadura marxista. El régimen marxista se había propuesto como meta superar la etapa religiosa de la humanidad porque implica una alienación del hombre. El eclipse fue duro y costó muchos sacrificios humanos. El régimen empleó muchas fuerzas en luchar contra la creencia en Dios, contra toda manifestación de religiosidad. Si a veces se resignaban a respetar los fanatismos de los viejos, no podían tolerar la religión en las generaciones formadas por ellos. Nunca en la historia había acontecido algo semejante y por tan largo tiempo. El eclipse parecía toral, porque todo el Occidente se contagió y casi el mundo entero, en un momento de delirio, pareció quedar algo alejado de Dios. El hombre prometeico se propuso ocupar el puesto de Dios. En nombre del llamado nuevo humanismo se cometieron los mayores genocidios de la historia. El siglo xx produjo los monstruos de las mayores dictaduras y los infiernos de los holocaustos.

Se ha producido en Occidente un vacío religioso. Han contribuido a ello diversos factores culturales: el silencio de Dios en esta dura situación de la humanidad, la prepotencia de las dictaduras, la autosuficiencia de los hombres, la seducción del mal. El desierto ha ido avanzando

con el siglo. En la nueva cultura no hay espacio para lo religioso en los medios que controla el Cuarto Poder, y si lo hay es muy estrecho, o está en contradicción con cuanto domina en esa cultura de lo efímero. El poder de estos medios y los cambios políticos han producido frutos inmediatos que en otros tiempos hubieran necesitado generaciones. En España se ha pasado en muy breve tiempo de una religiosidad muy activa y presente en todas las esferas de la vida, familiar, popular, nacional, a una situación de alejamiento de lo religioso de la vida pública, al agnosticismo, a la increencia y al ateísmo de una parte de las nuevas generaciones.

Por fortuna, el eclipse avanza. Al momento de locura que origina el grito de *¡Dios ha muerto!* lanzado por Nietzsche en Europa para dejar paso al Superhombre, sucede un período de religiosidad donde alguno grita con euforia, como le aconteció a Ortega y Gasset, *¡Dios a la vista!* Cuando se ha desmoronado el Muro de Berlín y se han derrumbado los ídolos y dioses falsos, los pueblos oprimidos han podido manifestar sus sentimientos religiosos reprimidos y comienzan a recuperar la religiosidad de sus antepasados. Parece que han vuelto a la zona de la penumbra por lo memos, en espera de una mayor evolución. En el Occidente libre es el pueblo también protagonista religioso. Lo que la cultura oficial le niega de derecho, el pueblo lo reconquista de hecho en las fiestas populares, en los santuarios marianos, en la Semana Santa. Allí donde la Iglesia oficial tiene menos peso y dominio, el pueblo manifiesta con mayor vigor lo que lleva en el alma y lo que la tradición le ha dejado en herencia.

La situación de la religiosidad de Occidente en este momento final del siglo xx es ambigua. Hay zonas de silencio de Dios y de eclipse de Dios. Son las zonas donde la cultura parcial ha tenido más desarrollo. El cardenal König, uno de los protagonistas del Vaticano II, el evento mayor de la religiosidad católica del siglo, confiesa que al cabo de 30 años no se han producido los efectos esperados por los padres conciliadores con la apertura al hombre y la salida al encuentro del mundo. Con cierta ingenuidad, en aquel momento de euforia se creyó en un hombre y en una sociedad *naturaliter christiana*, pero la verdad es que el mundo que habitamos se ha vuelto pagano y desconoce el encuentro con Jesucristo. Se constata también que al mismo tiempo hay otras zonas en que se mantiene viva la religiosidad, o está creciendo. El continente americano, muy especialmente el área de los pueblos evangelizados por los misioneros españoles, en una gesta que no tiene par en la expansión de la fe cristiana, conserva mejor la dimensión religiosa del hombre y el hombre se acerca a Dios para implorar, para llorar y para celebrar fiestas. Este panorama de lo religioso en la hora actual se completa con otras áreas de Occidente en las que se advierte un cierto despertar de lo religioso.

En tal coyuntura, Occidente, plural y ambivalente, nos ofrece todavía en la actualidad fenómenos inquietantes. El cristianismo fue la escuela de formación de la unidad de los pueblos de Europa: latinos, germanos y esclavos. La forja de estos pueblos se hizo desde la atención al hombre, concebido desde la revelación como ser personal de gran

dignidad —*Agnosce, oh christiane, dignitatem tuam!*—, desde el amor al prójimo y el respeto al otro. Pero la educación no se ha llevado a término, es tarea *in fieri* que vuelve al principio en cada hombre y cada generación. Es sorprendente que sean estos pueblos los que han desencadenado las mayores hecatombes de la historia; a veces en nombre de la religión, como en el siglo xvi, a veces en nombre de la nación como en el siglo xx, fenómeno que se prolonga todavía entre los eslavos ante nuestros ojos. No se ha llegado a la aceptación del *otro* como ser personal y miembro de la familia humana. La dimensión religiosa aún no ha sido cultivada suficientemente.

La situación religiosa de Occidente oscila entre la presencia y la ausencia de Dios, entre la afirmación atenuada, la negación silenciosa y la indiferencia muy atrevida. El Dios que sale al paso al hombre de hoy, tal cual lo percibe la experiencia religiosa de la mayoría, no sólo es *Deus absconditus* (Is 45, 15), sino que es también un Dios lejano, que, si existe, camina por lo alto del cielo y no tiene por qué ocuparse de las cosas del hombre (Job 22, 14). El hombre en la actualidad se ha habituado a vivir en una cultura secularizada, autosuficiente, que proyecta la vida del hombre como si Dios no existiera, *etsi Deus non daretur*. Para muchos, la escasa religiosidad que brota de su *instinctus* connatural lo lleva sólo a un Dios muy lejano del hombre. Lo normal es que la vocación religiosa del hombre le haya impulsado a fabricarse otros dioses, que son los sustitutos del Dios verdadero. Todo el que ascienda a los modernos areópagos, encontrará como Pablo algún símbolo del «dios desconocido» (Act 17).

En realidad, esta ambivalencia de la situación que nos envuelve, que no es posible describir bien porque nos excede, es una constante de la historia del hombre. Por un lado, Dios es un Dios presente siempre y muy cercano. Se encuentra en cada cosa y de modo especial en el hombre en los tres modos que le son exclusivos: por esencia, presencia y potencia, como afirma Santo Tomás (ST, 1,8,3). Por otro lado, por su misma plenitud de ser está a distancia infinita de cada uno de los entes, como lo está por el misterio de su santidad alejado del pecado del hombre. San Agustín advertía a tiempo, en medio de su situación de extravío, que buscaba a Dios fuera, cuando en realidad estaba dentro (Conf., X,7) El profeta Jeremías nos da la clave para la comprensión de esta situación ambigua, de lejanía y de proximidad: «¿Acaso soy yo, le dice, un Dios de cerca? ¿No soy también un Dios de lejos?» (Jer 23,23). El misterio de Dios que es amor y es la plenitud del ser que se efunde sobre el hombre, le hace estar cerca, pero el pecado del hombre que apaga la imagen y el dinamismo del hombre hacia Dios, le hacen un Dios lejano. Por parte del hombre, el olvido de Dios le lleva a perderse en la inmensa soledad de sí mismo, y ésta es la situación a la intemperie en este final del siglo xx. Una situación de eclipse, en que hay menos luz, pero no se ha apagado la esperanza, y hay centinelas en vigilia a los que se les puede preguntar: «Centinela, ¿qué hay de la noche?» (Is. 21,11). Cada uno de nosotros necesita saberlo, porque nadie se puede resignar a vivir siempre a solas y en lejanía absoluta.

2. *La trayectoria: de la modernidad al nihilismo*

Acontece al caminante salirse del camino, extraviarse. Y es posible también que fuera del camino de grandes pasos, pero no le llevan a ninguna parte. Pueden salirse al paso salteadores de caminos, y dejarlo a la orilla herido y maltrecho, como quedó el que descendía de Jerusalén a Jericó (Lc 10,30). En los caminos de la cultura y del espíritu ocurre algo semejante. Se dan los extravíos culturales, y se dan los salteadores de caminos que dejan a sus víctimas expoliadas y a la vera del camino sin fuerzas para proseguir. También esto ocurre en el camino hacia Dios. Por instinto natural, el hombre es un ser religioso, que al reconocer su dependencia de Dios, le da culto y se comporta como hombre dignamente en su presencia. Pero ese instinto puede desviarse por obra de la cultura. En el evangelio encontramos la paradoja de que las cosas más profundas del reino, Dios se las revela a los sencillos, y se las oculta a los sabios y poderosos (Lc 10,21-22). La más importante de las cosas del reino es la revelación de Dios mismo. Comentando el salmo 8, el canto con la pregunta y la respuesta por el hombre, cuando afirma que de la boca de los niños inocentes saca Dios la alabanza para confundir a los rebeldes, Tomás de Aquino afirma que a veces los sabios de este mundo, por no seguir la inclinación natural y recta del instinto religioso, se extravían en sus ideas acerca de Dios y del hombre, y en cambio los sencillos, llevados por él, están en la verdad: «simplices recognoscunt Deum, et alii [sapientes] pervertunt studia cognitionis naturalis ne cognoscant ipsum Deum» (In psalm. 8.n.2).

El camino de Occidente había logrado, no sin grandes esfuerzos, la unidad entre la Biblia y la herencia griega, la difícil convivencia, pacífica y provechosa, entre la fe y la razón. El intercambio de ósmosis cultural, purificador de la *paideia* griega, enriquecedor de la *paideia Christi*, se logró en los primeros siglos del cristianismo hasta los Capadocios y Agustín de Hipona. Un equilibrio inestable en la cultura, pero muy fecundo. El Medievo llevó a su punto más alto esta conjunción y produjo la Europa cristiana. Los sencillos y los doctos vivieron una religiosidad unificada. Esa unidad se rompe en la modernidad, enfrentada con la Edad Media, y empeñada en liberar al hombre de la sumisión a la fe. El proceso ha sido gradual. La ruptura ha sido doble: por un lado, la cultura corta los vínculos entre fe y razón; por otro, se produce la escisión entre la religiosidad de los sencillos, del pueblo, y la religiosidad de los cultos. Este proceso de doble fractura se percibe con claridad a partir de la Ilustración. Desde entonces hasta nosotros se advierte que, al cabo de dos siglos, ha recorrido su parábola en la historia. El fruto más visible de este giro es el movimiento cultural que nos envuelve, como final de la hora moderna, llamado con mal nombre posmodernidad. La situación a que hemos llegado en Occidente es una enorme rebelión contra el camino recorrido, una airada protesta contra la modernidad. Mientras la cultura de los doctos ha olvidado las raíces bíblicas y ha malentendido las griegas de la cultura de Occidente, el pueblo sencillo ha conservado su religiosidad habitual, un tanto al margen de la cultura en boga.

No es necesario recorrer las etapas de esta trayectoria, pero una visión global sí nos ayuda a comprender nuestra situación, a seguir la marcha del extravío y de la errancia. En el principio era Kant, un hombre educado por su madre en el pietismo protestante. Él nos dejó la mejor caracterización del Iluminismo como la salida de la minoría de edad del hombre moderno, cuando ya comienza a regirse por sí mismo, por su razón crítica, y deja de ser llevado por otros. La mayoría de edad se caracteriza por la audacia en afrontar las cuestiones con las luces de su propia razón, siguiendo el lema *Sapere aude!* Es en ese momento cuando se dejan las creencias y se entra en la hora de la razón crítica y cósmica. El influjo del filósofo de Königsberg ha sido decisivo. A partir de él la religiosidad de los doctos ha seguido la marcha de la respuesta a la pregunta quicial, que resume todas las demás: *Was ist der Mensch?* En torno a esta gran cuestión han cobrado consistencia tres grandes temas: uno, el sujeto en sí mismo, como punto central de todo el desarrollo; otro, su relación con el mundo, y un tercero, su actitud ante la trascendencia. Lo nuevo es el puesto de preeminencia que se otorga al hombre, al *Ich denke überhaupt*. La religiosidad tradicional de vinculación y dependencia de un principio y frente a un destino no se va a encontrar a gusto en estos moldes. Basta indicar las líneas de esta trayectoria, y observar que en nuestros días este castillo de ideas ha saltado por los aires con la dinamita de la posmodernidad.

El *sujeto* fue el punto de partida. Tal fue el descubrimiento de Descartes con el *cogito* y lo fue más aún de Kant. En esa base humana se instala el principio de inmanencia que se asienta como fundamento evidente. En consecuencia, el ser deja paso al dinamismo, al conocer y a la proyección del sujeto. El sujeto se descubría como un horizonte infinito, inagotable. Se comenzó por la razón, y desde ella fue posible marcar los límites de la religión, que se presentaba como dominadora. La razón alcanzó rango de diosa en la Revolución Francesa y obtuvo con Hegel la máxima exaltación al ser reguladora de la marcha de lo real en su proceso de totalidad. La fuerza imperativa de la razón se descubrió en la aplicación de las ciencias positivas al conocimiento de la realidad circundante. Todo lo real se sometía dócilmente al dominio de la razón. El siglo de las luces era el del racionalismo, por el cual se salía de la larga noche de mil años de la incultura medieval. El otro polo de desarrollo del sujeto fue el de la *razón práctica*, o voluntad libre, cuya fuerza se impuso y muy pronto obtuvo el primado sobre la razón pura, alcanzando en Fichte la primera filosofía de la libertad, asumida como bandera por todos los movimientos de liberación que perduran hasta nuestros días. El hombre, sujeto racional y libre, podría arrogarse la pretensión de comparecer ante Dios, como quiere Rousseau, con el libro de sus Confesiones en la mano para decirle sin rubor ninguno: *Ecce homo!* En el fondo se trata con Dios de igual a igual.

¿Qué resta en pie de esta ambiciosa exaltación del hombre? Basta preguntarlo a la posmodernidad. Ésta ha propuesto de muchos modos la disolución del sujeto, la liquidación del hombre como invención reciente, y la negación del principio de inmanencia. En consecuencia, se

ha producido también el rechazo de todo racionalismo y de sus aplicaciones en la vida de la cultura y la sociedad, llevadas a cabo por los totalitarismos con tan nefastos resultados. Este movimiento proclama el final y la muerte de la razón. Al afán racionalista se achacan los grandes males del presente. No se estima que el conocer tenga el puesto central en las actividades del hombre, ni la razón sea tan fuerte que afronte con verdad el mundo real. En verdad, el pensar lo real ha dejado su lugar al hablar y el lenguaje ha venido a ocupar el puesto de la realidad. El hombre tiene como tarea la hermenéutica. Con la posmodernidad, en la hora del «pensamiento débil» hemos entrado en la hora de los movimientos irracionalistas. Los promotores de la cultura actual, los maestros de la sospecha, escrutan más bien lo que se esconde detrás de lo que aparece, y eso es siempre instinto, voluntad de potencia, sexualidad reprimida. La libertad también cae de su pedestal porque en el fondo se trata de un mito y un sueño del hombre. Somos testigos de la caída de los ídolos mayores de la modernidad.

La *relación del hombre con el mundo* tenía en la modernidad dos ambiciones, alcanzar la felicidad mediante el *progreso* y conseguir la plenitud en el desarrollo histórico. El progreso fue otro de los grandes mitos seductores del siglo XVIII. Se creía inminente el *regnum hominis*, con la liberación de todos los males que le afligían y la conquista de los bienes soñados. El progreso iba a dar cumplimiento a las viejas esperanzas de la humanidad. Y todo ello iba a ocurrir en la *historia*, por la actividad humana. La historia es tarea del hombre y coincide con el proceso ascendente de la humanidad. El hombre se hace a sí mismo en la historia al mismo tiempo que hace su mundo a la medida del hombre. Así creyó Hegel, así intentó hacer Marx. La historia ha suplantado a la naturaleza, es el nuevo ojo para ver la realidad. La historia del mundo es el mismo tiempo el juicio del mundo. En vez de historia sagrada, en la cual todo acontece porque Dios es el autor principal, tenemos el despliegue de la historia humana y la coincidencia entre el ser y el hacerse. Ya no hay esencias, todo es proceso y libertad.

De nuevo el tribunal de la posmodernidad ha protestado contra esta interpretación de la relación del sujeto con la realidad y la temporalidad. Han caído en desuso las utopías del progreso, de la marcha ascendente de la historia y de la felicidad. La realidad cotidiana desmiente estos anhelos. Si en un tiempo fueron poderosas para lograr las revoluciones más universales de la historia, a partir del 68 todas ellas han tropezado con el problema concreto de la finitud, del fracaso, de la presencia del pecado y del mal en el mundo. Estas son las piedras de escándalo que no dejan lugar a escapatoria. Ninguna de las teorías modernas ha podido dar razón del mal en el mundo y de la muerte. La historia por tanto es sólo un laberinto, puesto que para aceptar su peso y su fuerza hay que partir de la totalidad de lo real y de su sentido, de aceptar que el futuro esté en las manos del hombre.

En la hora actual no se admite esta unidad de proyecto, ni la pretensión de evadirse del presente. Todo se resuelve en lo fragmentario. Nos contentamos con la provisoriaidad.

La actitud del hombre moderno frente a la *trascendencia* era la consecuencia obligada de su centralidad. La trascendencia es imposible para el hombre; por eso queda relegada, porque ni la razón es capaz de ir a las cosas en sí mismas, ni la finitud humana alcanza lo absoluto. Por ello hubo dos aplicaciones decisivas, que han pesado como losas sobre la marcha del pensamiento y la cultura y están en el origen de esta actitud. Una es la *condena de la metafísica*, primero como imposible, luego como ficticia. Todo se ha consumado en Nietzsche. Una vez afirmada esa dura condena de la metafísica, el paso consiguiente ha sido la *negación de Dios*. El hombre moderno llegó por sus pasos al ateísmo. El Dios de la religión se separó primero del Dios de la filosofía, con Descartes. El vacío se intentó colmar con la llamada filosofía de la religión, pero el ateísmo tomó carta de naturaleza en Occidente y con ello llegó la hora del *nihilismo*.

En este punto la posmodernidad está plenamente de acuerdo con estas afirmaciones y se acoge a ellas: no hay puesto para la trascendencia, no puede haber Dios a la vista. El hombre tiene que resignarse a vivir en su cerrado horizonte de la temporalidad, sin poder aferrarse a nada definitivo. Porque si no hay Dios, no queda espacio para ningún valor absoluto. Todo es relativo y provisorio. La consecuencia final de todo este proceso es el nihilismo, que Nietzsche ha profetizado para los dos siglos próximos.

La cultura del Iluminismo significa un desvío de la tradición de Occidente. Ha roto su relación con los orígenes que la habían hecho fecunda. Se ha desvinculado de las dos fuentes principales, de la Biblia y de los griegos. En la Biblia estaba muy unido el hombre a Dios, y el hombre era el centro del mundo, pero no el hombre en abstracto, sino cada hombre, cada rostro humano, cada sujeto personal. Esto lo ha visto muy bien Kierkegaard frente a Hegel, lo ha defendido Unamuno contra todo intento de hacer del hombre un universal, uno y otro pensadores muy distantes de la modernidad. Se desprendieron también de la razón de los griegos, capaz de llegar a las cosas y conocerlas en su verdad. No es extraño que esta cultura parcial y desviada haya creado una situación caótica. De hecho, en el momento actual no sólo se ha desmoronado su castillo por deficiencia en la cuestión religiosa, sino por ser incapaz de responder a los problemas del hombre en la actualidad. La Europa en construcción no se puede edificar sobre las ruinas del Iluminismo: no puede ofrecer una síntesis de la totalidad en la cual se integren todos los elementos de la realidad y cada uno ocupe su puesto. Ni la razón abstracta ni la científica son adecuadas para la comprensión de las realidades humanas, *de la alteridad* que no rompa la unidad, de los anhelos espirituales del hombre. No hay modo de superar la soledad del hombre, ni de terminar con los conflictos, ni de fundar una convivencia en la paz. Los nuevos problemas del hombre de nuestros días no pueden ser resueltos por esta cultura, porque en el fondo son frutos y efectos suyos.

Si el *homo sapiens* de la cultura moderna ha perdido el sentido religioso y se ha vuelto de tal modo *insipiens* que ya dice en su corazón como

el del salmo 13: *Non est Deus*, el pueblo de los *simplices*, guiado por su instinto religioso, natural y recto, mantiene viva la religiosidad de la cultura tradicional, sobre todo el pueblo cristiano. Es en él donde se verifica la cercanía al hombre, la misericordia, la compasión, la vinculación con Jesucristo como salvador de los hombres, la memoria de María, madre de Jesús.

La trayectoria de las posiciones modernas: agnóstica, atea, o deísta, son desvíos de la cultura occidental. Eso no es Occidente, es occidentalismo, decía Sciacca. A la «muerte de Dios» y al «dios de los muertos», la corriente vigorosa de la religiosidad occidental opone el encuentro real con el Dios vivo, con el Dios que es amor y ama al hombre, cual se revela en Jesucristo. Podrá darse también en esta corriente el desvío de los fundamentalismos, el de las sectas, que afloran en nuestros días, como una búsqueda del sentido de compensación que el hombre necesita cuando se encuentra un tanto errante en el desierto. El Dios verdadero es siempre el Dios del misterio, y por ello *Deus absconditus*, pero el hombre *capax Dei*, como lo definía San Agustín, tiene que seguir clamando, e interrogando: *Ubi es, Deus meus?* (Sal 138, 8-10).

3. La búsqueda: memoria y proyecto de Occidente

El paso lento del «eclipse de Dios» ha dado lugar al retorno de lo sacro que irrumpe en la sociedad secularizada del siglo xx y, para defensa propia y consolidación, a veces asume formas radicales. Tal es en buena parte la actitud del mundo musulmán ante el Occidente materialista. Si el hombre tiene una religiosidad natural, en vano se luchará por extirparla. La cultura que ignora la dimensión religiosa del hombre está condenada a una muerte segura. La cultura comenzó siendo al mismo tiempo cultivo del campo, del alma y de los dioses, y se ha mantenido en esa triple dimensión que abraza todo lo real y lo enlaza en el hombre. El siglo xxi será religioso o no será, afirman algunos. Quizá no conviene ser tan drásticos en las afirmaciones, porque en la ciudad terrena, como en la red que arroja el hombre al mar, hay un poco de todo, de buenos y menos buenos, y crecen juntos el trigo y cizaña. Se habla de cambios epocales, pero no hay testigos de los mismos. Lo nuevo suele hundir sus raíces en lo antiguo y sólo en ese caso tiene consistencia. La cultura de Occidente se ha mostrado la única capaz de tener irradiación universal, y esta dimensión le ha venido por la dimensión religiosa, que ha sido constantemente purificada por el cristianismo. El núcleo religioso de Occidente es la fe en Jesucristo, Dios y hombre. Es Él quien ocupa el centro de la historia y hace que todo el proceso tenga en Él su punto culminante. Antes de su venida todo tendía a Él, en la historia que los hombres realizan, pero que Dios dirige, y después de Él no tenemos otro Salvador. Europa logró la unidad de pueblos tan diferentes sólo mediante el anuncio del evangelio y la fe en Jesucristo, y ninguna otra fuerza económica, política, cultural, será capaz de darle unidad en lo profundo.

Estando así las cosas, lo más normal, en la tarea de promoción de Occidente, es el retorno a las fuentes de donde la cultura toma su fuer-

za, corrigiendo los desvíos que la han apartado de la Biblia y la tradición de los valores espirituales. Existe un desequilibrio cultural. Hay un predominio de los factores secundarios, externos, cósmicos, sobre los elementos internos y antropológicos de toda cultura. Se hace preciso invertir el sentido de la marcha. Lo humano es prioritario, porque el hombre es la medida de la cultura. La búsqueda y el encuentro con Dios tienen que volver a ser tarea cultural. La religiosidad del hombre del siglo XXI tiene que retornar a lo esencial, a la disposición del hombre a reconocer el señorío de Dios y al sometimiento libre de su voluntad ante sus leyes y mandatos. La religiosidad tiene que alcanzar el misterio de Dios que se ha revelado con dos nombres: el del ser (Ex 3,14), y el del amor (1 Jn 4,8). Para hacer posible esta religiosidad renovada de Occidente, que al mismo tiempo que retorna a las fuentes se proyecta en el futuro, tres tareas incumben a los promotores de este factor cultural primario de toda cultura integral: superar el obstáculo del *materialismo*, recobrar la función de la inteligencia, disponer la voluntad para la acogida del don de la revelación de Dios y de la fe en Jesucristo.

El *materialismo* es el primero y quizá el más grande obstáculo de la cultura y de la religiosidad. El materialismo es la actitud de quien no trasciende la corporeidad y los sentidos, y todo lo reduce a materia. El hombre tiene aquí su principio y su base segura. Todo comienza en la sensibilidad y lo humano se realiza en la corporeidad. En la historia hay una persistencia del materialismo que resulta obstinada, y en nuestro tiempo ha vuelto con toda su seducción. Ya ha recorrido todas las posiciones: la evolucionista con Darwin, la instintiva con Freud, la positivista con Comte, la relacional con Marx, la cuantitativa con las ciencias del hombre. Descartes rompió el equilibrio en el hombre y redujo el cuerpo a máquina. La cultura occidental ha favorecido el desarrollo de la técnica, de las ciencias físico-matemáticas y aún la indagación en lo profundo del hombre, desde una reducción de todos los datos a la cuantificación. La vida humana se ha materializado y la dimensión económica se ha impuesto como la más irrenunciable de la cultura. Se hace necesaria una precisión. Materia sí, materialismo no. La materia es un componente de la realidad, pero no basta, ni siquiera en ciencia. Junto a la masa hay que descubrir la energía. Compañera inseparable de la materia es la forma. El materialismo es la cárcel del pensamiento, su negación porque trata de dar razón de los elementos superiores de la realidad por los inferiores. Ya Aristóteles advertía que no es el cuerpo el que contiene el alma, sino, al revés, el alma la que contiene el cuerpo, lo vivifica y lo dirige. *Mens agitat molem!* No hay filosofía mientras no hay espíritu. ¡No hay cultura si el espíritu no la alienta! El retorno a la esfera del espíritu se hace necesario para el encuentro con la religiosidad y con Dios: *Dios es espíritu, y es necesario adorarlo en espíritu y en verdad* (Jn 4,24).

El rescate de *la función de la inteligencia* pudiera parecer inútil, en un tiempo de cultura avanzada, pero es imprescindible. La condición humana es menesterosa. El hombre es el animal más desprovisto: nace desnudo, descalzo, desarmado, pero en su lugar se le han dado dos cosas,

decía Aristóteles: las manos y la mente, por las cuales supera a todos los demás y se hace en cierto modo todas las cosas: *quodammodo omnia* (De Anima, III, 4, 431,20). La inteligencia es el privilegio del hombre, el que le da la apertura a la totalidad y la capacidad de conquistar la verdad. Por la inteligencia el hombre se apropia en cierto modo del ser, se adecua a él, se enriquece con su verdad. Esto le hace capaz de trascendencia, de superación de todo límite, de ir a Dios mismo, que es el Ser y de algún modo está al alcance de la inteligencia humana en sus obras. El hombre inteligente tiene ya en sí mismo una puerta abierta hacia Dios, cuando escruta sus obras, los cielos estrellados, las maravillas del mundo, el hombre mismo y no es inocente si no lo reconoce (Rom 1,20). La inteligencia humana es capaz de demostrar que todo ateísmo es falso, que todo agnosticismo es raquítico. El hombre ha nacido para la verdad y la necesita como alimento de su inteligencia. Y todo inteligencia tiene como fin a Dios mismo, dice con agudeza y verdad Tomás de Aquino (CG, III, 25). Este *Doctor communis*, que mantuvo siempre su gran aprecio por la inteligencia humana y su capacidad de verdad, dejó para la posteridad indicadas algunas *vías de acceso a Dios*, usando la inteligencia que parte de los efectos y de la experiencia y se remonta a la causa última (ST, 1,2,3). El sugiere una lección de humildad para la inteligencia humana en la presente situación: estaba de acuerdo con el griego Aristóteles y con el judío Maimónides en que la inteligencia humana, por su dependencia de la sensibilidad, flaquea ante las verdades profundas y definitivas. A ellas sólo algunos, después de mucho tiempo y con mezcla de errores, pueden llegar, y esto es origen de que los hombres inteligentes sientan una gran angustia (CG, I,4).

La búsqueda y el encuentro con Dios en la cultura occidental, desde la dimensión religiosa, llega a su plenitud superando los límites de la inteligencia humana por la *revelación y la fe en Jesucristo*. Éste es el camino accesible a todos, de modo inmediato y con la máxima certeza. Jesucristo, sacramento de Dios, lo ha revelado en su mismo misterio de amor trinitario. La cultura de Occidente se ha enriquecido de modo insospechado al hacerse cultura cristiana, que no sólo es a la medida del hombre, sino que es un don por el cual el hombre se hace a la medida del don de Dios y llega a ser hijo de Dios y por ello hermano de todos los hombres. La fe en Jesucristo es la fuerza que vence al mundo (I Jn 5,4) y que lleva al hombre a su plenitud al darle «sentido, constancia, fuerza y misericordia», cosas que el mundo ni tiene ni puede dar (Rom 1,31). Jesucristo es el hombre en plenitud, la norma del *homo religiosus*, la imagen de Dios para el hombre. Todo el que tenga el don de haber conocido a Jesucristo, y creer en él, como Pablo dice de sí mismo (Gal 1,15) ha encontrado a Dios. El hombre del final del siglo xx seguirá angustiado, solo y en crisis, mientras no alcance esta revelación y crea en el Hijo de Dios. Jesucristo es la piedra angular de la cultura de Occidente. Sólo Él puede llevar a plenitud la cultura y salvarnos de la crisis actual.

DR. ABELARDO LOBATO, O. P
Pontificia Università di S. Tommaso d'Aquino